

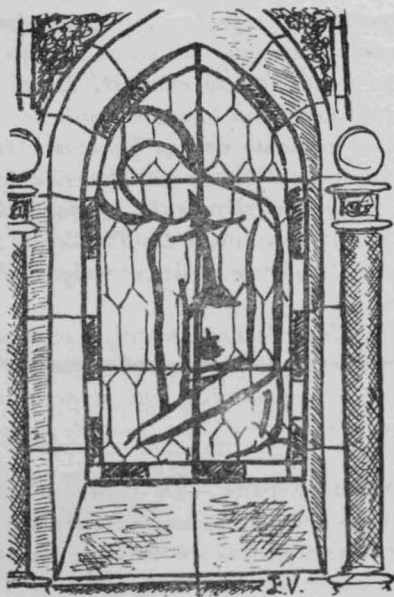
CAMINANDO

(DE LA SAGRA A GUADALUPE, PASANDO POR TALAVERA)

POR FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO

Académico de Número de la Real de Bellas
Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

De «Un viaje por Extremadura y Andalucía occidental», del autor, tomamos estas notas, de interés para nuestra provincia.



II

En el secano, las juntas abren el surco húmedo entre el encinar. A nuestra derecha, Velada, pueblo famoso por el cultivo de sandías que llegan tempranas al mercado talaverano.

Corremos por la terraza superior del Tajo, cubierta de pastizal y de trigales verdes, chozo de pastor de línea cónica, encinas con el marillento azahar. Estamos en el riñón del Campo del Arañuelo, despejado, arenoso, ganadero. Aquí tuvo su estado la casa ducal de Oropesa.

Oropesa y su castillo.—Pasando la Calzada de Oropesa a la orilla de la vía romana de Emerita a Toletum, llegamos a Oropesa, capital del estado de su nombre, edificada sobre un montículo de gneis y granito. Conserva testimonios ibero-celtas de la cultura de los verracos y lápidas romanas. Su origen se vincula a la fortaleza romana, sobre la que se van sucediendo las dominaciones hasta la construcción del castillo y palacio actuales. El caserío evoluciona hacia la carretera.

El castillo es gótico; sus torres con matacanes sobre canicillos triples. El palacio es de traza renacentista, con un patio del mismo estilo, usado como plaza de toros. Desde una de las torres albarranas, se disfruta un paisaje de llanura, con el ajedrazado de los cultivos y de las ocre barbecheras.

El topónimo Oropesa parece derivarse del prerromano Oropeda. En el caserío se advierten tres niveles: el militar, con el castillo; el eclesiástico, representado por la iglesia herreriana, sin terminar, y el civil en sus estrechas calles que reptan hacia el castillo.

Visitamos la casa-museo de doña Adela Páramo, en donde se guardan obras de arte y raras curiosidades del pasado, como lápidas romanas, una de ellas perteneciente a Caesaróbriga.

La cultura de los verracos.—De nuevo en el coche, entre encinares y tierra cereal, caminamos al Puente del Arzobispo, dejando a nuestra izquierda el Santuario de Nuestra Señora de las Peñitas, Patrona de Oropesa, en donde se conserva una lápida romana que hace referencia al antiguo poblado de Castro Comediano, identificado en la moderna Oropesa.

Toda la mañana estamos pasando un territorio esencialmente ganadero de los más remotos tiempos, como lo evidencian las toscas esculturas zoomorfas que jalonan estos campos. Es característica la despoblación, consecuencia de tres factores: paludismo, desforestación y latifundio, que se resolvieron desapareciendo por fortuna el azote palúdico, con el regadío y la intensificación de la ganadería en las zonas no afectadas por el agua.

Ahora cruzamos la dehesa de Valdepalacios y el Bercial, ambas conservan verracos de granito, la última con ejemplares únicos.

A la izquierda, la Ermita de Nuestra Señora de Bienvenida, imagen de antiquísimo culto, antes dado por los vecinos de Alcolea y hoy por los del Puente del Arzobispo, a donde acabamos de llegar.

Don Pedro Tenorio manda hacer un Puente.—Queriendo el Arzobispo de Toledo, Don Pedro Tenorio, asegurar las comunicaciones en su extensa diócesis, facilitar la repoblación y al paso al santuario de Guadalupe mandó, a finales del siglo XIV, hacer un puente sobre el Tajo, que actualmente pone en comunicación el Campo del Arañuelo con La Jara. Por su fortaleza y buena ejecución, lo creemos la obra de este tipo más importante en nuestro medievo, digna de las que se hicieron en la época romana. El grandioso puente originó el caserío al que dio franquicias Juan I. De aquí su nombre de la Villa Franca de la Puente del Arzobispo.

Visitamos un alfar, en donde se labra la famosa cerámica de esta villa de tipo rural, de gamas verdosas que la diferencian de la talaverana más cuidada y de tonos amarillos y azules.

Por La Jara.—Cruzamos el Tajo por el Puente del Arzobispo, dejando a la derecha los Molinos de Santa Catalina que semejan aceradas proas de pequeños navíos y entramos en la Comarca de La Jara, que se extiende al sur del río, hasta Los Montes de Toledo. A nuestra derecha queda la sierra de La Estrella, afecta a esa cordillera seguro indicador de la lluvia, al decir del refrán: «Cuando el cerro de La Estralla se echa la capa, no te dejes la tuya en casa». A lo lejos, la sierra de Altamira, a donde nos praponeemos llegar esta noche.

Ahora vamos por una tierra levemente ondulada, rica